Los Contemporáneos

DON MANOLITO

NOVELA DE

CARMEN DE BURGOS

(COLOMBINE)

Ilustraciones de GREGORIO VICENTE

15 DICIEMBRE 1916

NÚM. 416

30 Cénts.

Los Contemporáneos

SE PUBLICA LOS VIERNES

Publica novelas cortas de los mejores autores, lujosamente ilustradas, en negro y colores, por renombrados dibujantes.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

MARTIN DE LOS HEROS, 65, MADRID

Teléfono 4.539 Apartado de Correos 216

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts. Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18.

NÚMERO SUELTO

Edición de lujo, 30 céntimos.

Id. económica, 20 céntimos.

Anuncios: pídase tarifa.

PIANOS

AUTOPIANOS y HARMONIUMS de las mejores marcas, al contado y á plazos. Unica casa en PIANOS de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones y reparaciones.—TELÉFONO 5.400.

CASA ALONSO

Fundada en 1865

22, VALVERDE, 22

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS, GUANTES, GÉNEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo.

: Los Muchachos :

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

LA ORTOPEDIA MODERNA

CESAREO ALONSO

ORTOPÉDICO DEL INSTITUTO RUBIO, PREMIADO EN VARIAS EXPOSICIONES

GRAN CASA CONSTRUCTORA

Teléfono 2.415 MADRID Fuencarral, 104

VIUDA DE R. ABATI

Modas.—Ultimos modelos de París para la próxima temporada.

MARIANA PINEDA, NUM. 7.—MADRID

Teléfono núm. 92.

BEBED

LAS NUEVAS Y YA CÉLEBRES

AGUAS DE MORATALIZ

BICARBONATADAS MAGNÉSICAS

:-: :-: ÚNICAS EN ESPAÑA :-: :-:

DIRECCIÓN GENERAL:

BARQUILLO, 4, MADRID

Carmen de Burgos (Colombine)

DON MANOLITO

I

LOS DESTERRADOS

Cuando la llave dió vuelta á la cerradura, el corazón de Fernando latió con mayor violencia. Le inspiraba una curiosidad grande aquel tipo extraordinario que se le presentaba en don Manolito.

Lo había conocido á su llegada á Lisboa; fué él quien lo esperaba en la estación del Rocío, quien lo condujo al hotel, y quien le sirvió de cicerone para mostrarle la ciudad, y de padrino para relacionarlo con todas aquellas familias portuguesas que de un modo tan amable y tan cordial habían acogido al forastero.

Fernando no contaba más de veinticinco años; era alto, guapo, lo que se suele llamar un buen mozo, y en su doble carácter de emigrado político y de músico notable no tardó en hacer numerosas relaciones. Sin embargo, á pesar de la diferencia de edad, el amigo más constante era don Manolito, que con su carácter alegre, dulce y servicial llegaba á establecer una camaradería fraternal con él y con sus otros amigos.

Era don Manolito un hombre de mediana estatura, fornido, de rostro rubicundo, nariz prominente, los ojos, vivos y grises, ocultos entre los pliegues de la piel, y los cabellos canosos y escasos. Llevaba una gran pera blanca, á lo Zorrilla, esa perilla que fué como un distintivo de los revolucionarios del siglo XIX y que daba á su semblante algo de enérgico y marcial.

—¿Qué años me echa usted?—solía preguntar inopinadamente á los nuevos conocimientos; y, cuando galantes ó sinceros le calculaban de sesenta á sesenta y cinco, él reía gozoso y decía:

—Tengo ochenta cumpliditos, aunque no me falta un diente ni una muela, y subo y bajo las cuestas veinte veces al día sin cansarme.

Era en él una vanidad y una coquetería de viejo fuerte, que se siente envidiado por los jóvenes, sobrecogidos de temor al oir la cifra de años que les parece inverosímil alcanzar.

Había algo de misterioso en don Manolito. Lo veía siempre solo, siempre complaciente, hablando de los otros y sin hablar jamás de sí mismo. Un día que encontraron una familia española en la calle, Fernando oyó que lo llamaban *Coronel*.

—¿Ha sido usted coronel?—le preguntó.

—Lo sigo siendo, amigo mío—respondió con cierto orgullo.

Fernando no investigó nada más. Aquella afirmación le daba la clave de muchas cosas que no acertaba á explicarse. El, antimilitarista furibundo, creía que el militarismo era un octavo sacramento, que, como los otros, imprimía carácter en

el sujeto marcándolo con una huella imborrable. Así comprendía que la patria tuviese para el buen anciano la forma geométrica encuadrada en las fronteras.

Deducía Fernando de los datos que el trato diario con don Manolito le iba proporcionando, que los recuerdos de España no debían ser muy agradables; pero, sin embargo, el anciano era un patriota tan entusiasta, que á pesar de los cuarenta años pasados en Lisboa y de su cariño á Portugal, no había querido aprender el idioma, y seguía obstinándose en hablar un español que se había ido viciando en el acento y la expresión hasta constituir una jerga, tan alejada del lenguaje de Camoes como del lenguaje de Cervantes.

El joven no comprendía aquella terquedad. Hombre moderno, con gran amplitud de ideas, soltero y de posición independiente, era para él como una especie de diversión aquel destierro por un delito político cometido en uno de los principales periódicos españoles.

El se encontraba bien en Portugal. Veía que los portugueses formaban un pueblo más entusiasta y más joven de espíritu que el pueblo español. Tenían esa juventud que tuvimos nosotros á raiz de la Independencia, cuando falsamente nos creímos libertados, y formaban un pueblo ardiente, expansivo é ingenuo, á un tiempo mismo.

Todos sus nuevos amigos lo obsequiaban á porfía; querían hacerle ver y admirar las bellezas de su tierra. Se pasaba los días en paseos y excursiones. Primero Lisboa, con sus panoramas magníficos sobre el Tajo, sus jardines y sus museos; después las visitas á los solares de su vieja historia Coimbra, Busaco, Batalha. Don Manolito no había querido acompañarlo á esta última excursión.

Pretextó que estaba enfermo. Pero cuando Fernando afirmaba riendo que los españoles tuvieran un triunfo en Aljubarrota, puesto que lograron que la Humanidad tuviese tan soberbio monumento, lo vió mirarlo malhumorado y retirarse diciendo:

—Al fin, la Patria es la Patria.

Después, las correrías idílicas por la encantada

sierra de Sintra, la sierra de los bosques y de los palacios; por Setúbal, la Costa Azul del Atlántico y por las playas del Algarbe, admirando su bravía belleza y sus campos de higueras y almendros floridos.

Mientras Fernando se entusiasmaba ingenuamente, don Manolito solía indignarse con aquel rey de Castilla que desprendió á Portugal de su corona.

—¡Y que puesto á dar dió lo mejor...: toda esta zona del Atlántico que es la flor de la Península!—decía.

—¿Qué sería de nosotros si esto fuese también España?—contestaba alegremente Fernando.—No hubiéramos podido escapar.

Don Manolito se quedaba desconcertado por este razonamiento, y contestaba invariablemente:

—Sí...; pero la Patria... es la Patria.

El joven no podía menos de admirar aquel carácter tan entero y tan recto, que se había aferrado á media decena de ideas que daban vueltas en su cerebro convertidas en principios inmutables.

Don Manolito era siempre el mismo; hombre sencillo y decidor en apariencia, pero reservado en el fondo, hasta el punto de no hacer jamás una confidencia.

Se negaba siempre á admitir toda clase de convites y rehuía con habilidad las ocasiones de mostrar una penuria que Fernando adivinaba. Las escasas veces en que Fernando logró hacerle alternar con alguno de sus amigos, lo veía contento de aprovechar la ocasión de ponerse la antigua levita alcanforada y el viejo sombrero de copa. Llevaba aquellas prendas con la marcialidad de un uniforme, y se ponía ufano y esponjado con sus cruces y medallas sobre el pecho; se engreía, se crecía cuando alguien lo llamaba *Coronel*.

Su gran afición era coleccionar armas antiguas y sellos. Especialmente estos últimos. Pedía á todos sus conocimientos que le guardasen sellos de todas clases, y siempre llevaba llenos de sellos los bolsillos; al sacar algo salían los pedacitos de papel de colores entre sus dedos y se escapaban de ellos como un conffetti precioso, como si fuesen un papel moneda ó unos billetes de Banco hechos pedacitos. Don Manuel se envanecía de ellos como de un capital.

—Tengo tantos—decía,—que á veces no puedo entrar en mi casa porque está todo lleno de sellos... mesas, sillas, sofás...; pero luego los echo en agua, los lavo, los seco, los limpio con un pincelito, les quito la goma y los empaqueto por millares, bien amarrados con un cordoncito. Así y todo, me ocupan toda la casa.

El joven no comprendía aquella afición á los sellos.

—Además—seguía don Manolito,—yo tengo un álbum que es de los más completos de Europa. Es el álbum el que me interesa. Los otros sellos los tengo como un acompañamiento que los avalora, porque me gustan y los guardo como si fuesen moneditas de cinco duros. Llevo más de cuarenta años coleccionando... desde que vine de España.

Su frente se ensombrecía y guardaba silencio después de este recuerdo, en el que Fernando adivinaba tal dolor que le hacía callar también.

II

NOSTALGIAS

Conforme pasaban los días la amistad de Fernando hacia don Manolito crecía y se afirmaba. Era para él como un pariente, como una persona muy querida, que llevaba á la noble tierra que lo acogía algo del calor de hogar que comenzaba á recordar con tristeza.

Al correr de los días se había satisfecho su curiosidad de viajero que le había ocultado al principio su condición de desterrado. Ahora, la vida se le hacía monótona, cansada. Empezaba á comprender todo el alcance de aquella bella palabra portuguesa *Saudades*, que encerraba todas las nostalgias y todas las melancolías dulces.

Aquella tarde, asomado al balcón del cuarto que ocupaba en su hotel de la Plaza del Rocío, dejaba vagar la mirada sobre los lujosos escaparates de las tiendas que la rodean. A su derecha se alzaba el Teatro Nacional, con su frontón griego sobremontado por la estatua del actor-poeta Gil Vicente; enfrente, el clásico café de la *Brasileira*, el café de los revolucionarios, brillante de luces; á su izquierda, las soberbias Ruas Augusta y Rua Aurea, que tal vez por sus nombres evocaban el prestigio de las calles de la Roma Imperial, con sus arcos triunfales que conducían al Tajo.

Hacia arriba, sobre los tejados, escalonándose á lo lejos, se dibujaban los edificios, dejando ver las fachadas como los espectadores de las corridas de toros, agrupados en las gradas, dejan ver sus rostros. Divisaba el puente del elevador de Santa Justa, que cruzaba bajo el arbotante de la iglesia *do Carmo*, la cual ponía en el paisaje todo el prestigio de aquellas ruinas góticas que, con tan buen acuerdo, se consrevan sin restaurar, tal como las dejó el terremoto que destruyó á Lisboa. Lisboa, como Nápoles, estaba construída sobre el cráter de un volcán, y tal vez por eso era, como Nápoles, tan bella, tan exuberante, como si tuviese mayor color, más savia, más relación y más proximidad con el corazón de la tierra.

Poco á poco se habían ido apagando los oros del crepúsculo y las luces parpadeaban sobre las colinas como otros tantos faros destacados del azul claro y acuoso del cielo. La ruina se destacaba á la luz de la luna, con su gran mole de piedra y sus arcos ojivales que parecían llenos de cielo, recortados en el azul de un modo fantástico.

Su corazón sintió algo como ese dolor, ese va-

cio, esa soledad y ese silencio que deben sentir los monjes en los grandes conventos antiguos que no pueden abandonar, y que en vez de serenar su corazón lo hacen palpitar con más deseos de vida.

Al mirar hacia el porvenir sintió miedo. ¿Sería siempre así, un ser solitario? Aunque tuviese afectos no podría jamás olvidar aquella ansiedad, aquella nostalgia de los lugares adonde no podía volver. Se acordó de don Manolito.

—El lleva cuarenta años sin ir á España—pensó.—Debe haber algo muy terrible y muy doloroso en su vida.

Como respondiendo á su pensamiento, sonaron tres golpes distanciados, acompasados y graves sobre la puerta del aposento; golpes como de péndulo de reloj; don Manolito llamaba á la puerta con su seña masónica.

Acudió Fernando, presuroso, á abrir.

—Adelante, adelante—dijo franqueando la entrada.

—¿Cómo tan solo?

—No he tenido ganas de salir, y usted me abandona.

El viejo se dejó caer en una silla, se pasó el pañuelo por la frente, y dijo:

—Yo estoy rendido. Me he dado un paseo enorme. He ido hasta La Estella, á ver otro filatélico que tenía un nuevo sello de error.

—¿De error?

—Sí; yo creo que esto es una picardía que nos hacen. Empiezan á tirar la emisión con un error; una letra al revés, un número cambiado, y en cuanto empieza á circular se recoge...; y ¡ya nos tiene usted locos á todos los filatélicos! Hacen falta esos ejemplares para esa historia viviente de los sellos que forman nuestras colecciones.

Y el viejo empezó á explicarle la suma de trabajo y de paciencia necesaria para formar sus álbums. Todos los filatélicos se relacionaban; era la suya una especie de masonería que amistaba á los más apartados, los unía en amistades estrechas, les hacía sostener correspondencia escribiéndose largas cartas con la descripción de los ejemplares que deseaban. Entre ellos efectuaban cambios de los repetidos y se ayudaban á la busca y captura de los ejemplares raros. Los sellos habían llegado á tener valor en Bolsa.

Tenían sus álbumes, que los tasaban, los encasillaban y reglamentaban su valor. Entre aquel mundo de los coleccionistas había personajes célebres por sus colecciones, cuyos nombres repetían con admiración.

Don Manuel escribía todos los días diez ó doce cartas á sus amigos desconocidos, y había llegado á reunir una maravillosa colección de sellos tasado en 20.000 duros.

—¿Cómo no la vende usted?—exclamó el joven, sorprendido de aquella riqueza presunta del buen anciano cuya penuria adivinaba.

—¿Para qué?—respondió él.

Había un desgarramiento de desaliento, de tristeza, mal encubierto con su aparente serenidad y su sonrisa.

Fernando se conmovió.

—Hace un momento—dijo,—en medio de esta serenidad de la noche, me había entristecido; recordaba las noches de nuestro país... tan semejantes á éstas y tan distantes, sin embargo, tan perdidas para nosotros ya. Pensaba con espanto en esos cuarenta años que lleva usted sin pisar España...

Un sollozo respondió á sus palabras, tan hondo y tan comprimido, que el joven se asustó.

—Perdóneme, amigo mío, si he evocado un dolor en usted—dijo apretándole la mano.

Don Manolito lo retuvo cerca de sí sosteniendo la presión, que parecía mezclar sus sangres y confundir sus corazones.

—Usted es joven, Fernando; usted podrá volver allá. Yo me quedaré para siempre aquí... Aquí me enterrarán... No me espera nadie... Nadie me ha de llorar.

—Vaya... vaya... amigo mío, somos demasiado pesimistas. Aquí estamos los dos juntos... y si yo me fuera lo llevaría conmigo.

El viejo movió tristemente la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Hay allí demasiados recuerdos angustiosos para mí...; hace mucho tiempo que yo no hablaba de nada de esto con nadie. Tengo miedo de oirme hablar yo mismo, como si mi voz fuese ajena y me pidiera contar algo que yo no sé... ó que ya no debo saber... que he olvidado... que quiero olvidar... No son sólo los tormentos materiales del destierro, sino todo el olvido, el desconocimiento, la ingratitud que hay en todo esto...

—Tal vez yo podría consolarlo.

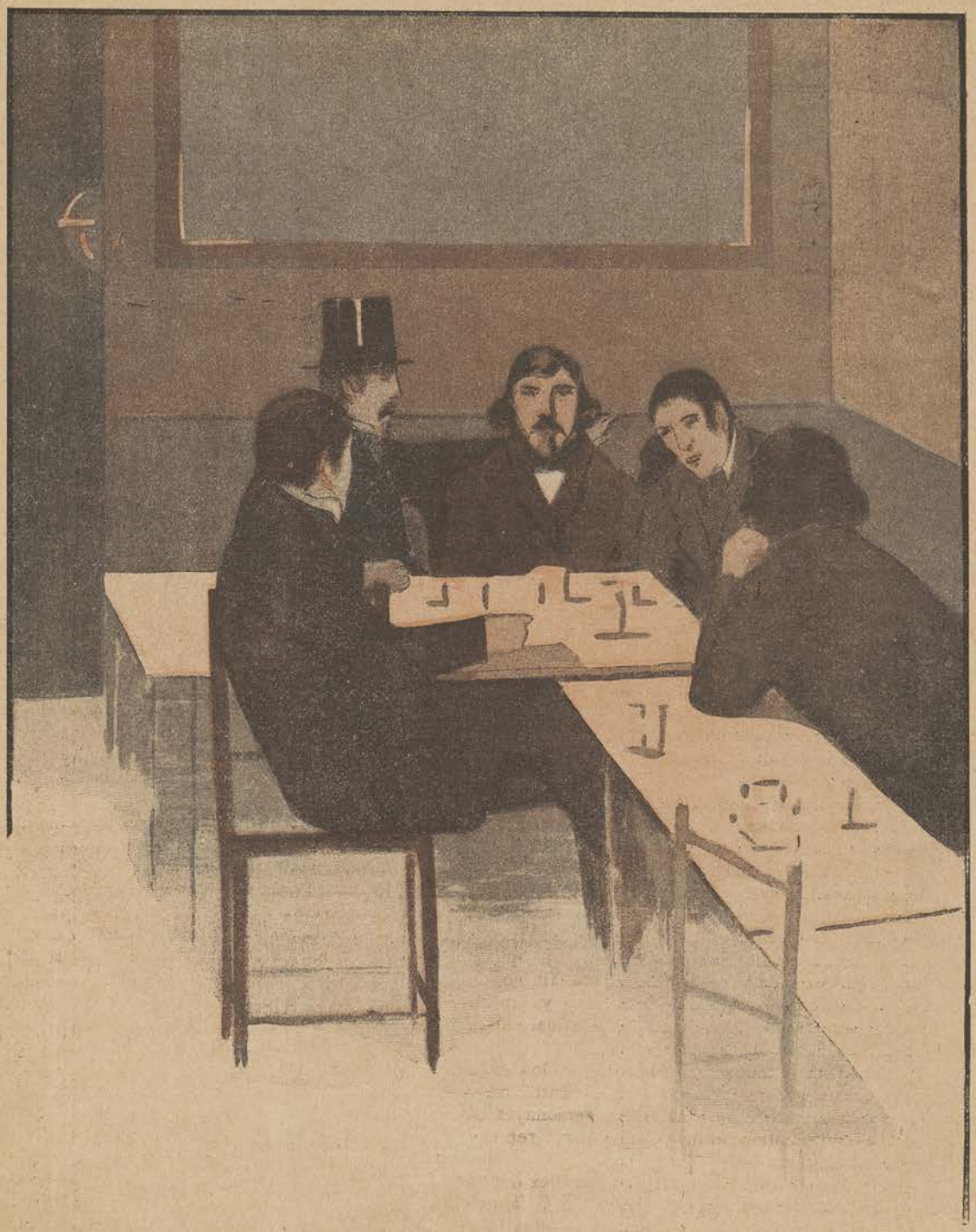
El viejo dudó un momento y después empezó su relato, confuso, mezclado á saltos, como evocaba sus recuerdos la memoria; haciendo vivir todas las escenas de una época no lejana de su vida, pero de unas costumbres tan distintas, que parecía como un superviviente de muchos siglos, al través de su narración.

Sus palabras sinceras y solemnes tenían un valor de confesión á la luz de aquella luna brillante de sol, ante aquel templo que parecía sostener el cielo y cobijar bajo sus arcadas á la ciudad toda.

III

LA PRISIÓN

El café de Pombo estaba aquella noche del año 1875 lleno de una concurrencia mucho más numerosa que la habitual. Era una concurrencia grave, de hombres en su mayoría, todos con grandes perillas marciales que, á pesar de la diversidad de trajes, les daba algo de apariencia militar.



Aquel antiguo café con su aspecto primitivo, inmutable, parecía prestar una complicidad á los concurrentes, que no eran las gentes despreocupadas y alegres que acostumbran á ir por las tardes, ni los buenos burgueses tranquilos que han hecho allí su tertulia habitual por las noches.

Un observador hubiera notado una preocupación muy honda en todos los congregados. Sus fragmentos de conversación en voz alta, en tono afectado, como si temiesen ser oídos, no tenían nada de común con los pequeños diálogos entrecortados que se sostenían en voz baja.

—Me parece una imprudencia esta reunión—dijo uno de ellos.

—Sin duda—contestó el interlocutor en el mismo tono;—pero están tan descuidados, que cuando vengan á saberla será tarde.

—¿Crees?

Pero el otro, en lugar de contestarle, repuso:

—Verdaderamente que no hay quien baile como ella.

—Exageras...—repuso el primero.—Elvira danza mejor.

—¿De qué se trata?—preguntó un recién llegado, tomando asiento en el mismo diván; y antes que le contestasen añadió en voz baja:—Estamos perdidos...; serenidad..., y tratemos de escaparnos.

—¡Cómo!

—Han hecho traición los sargentos—y alzando la voz.—En efecto; baila mejor Elvira.

El que había hablado el primero se levantó, atravesó la estancia encendiendo un cigarro, movimiento que debía ser una contraseña, porque á pesar de querer parecer indiferentes pasó como un estremecimiento sobre todos, y por un instante se interrumpían las conversaciones y se volvieron los ojos hacia él á su paso. Algunos se pusieron de pie.

El entró en el compartimiento de la izquierda y se dirigió al ángulo de enfrente, donde estaba sentado en el diván, bajo el espejo de ancho marco de madera, un hombre joven, de cabello rizoso y semblante noble y simpático. Se había instalado allí como el que forma una presidencia, frente á todos los otros.

—¿Qué sucede, Manuel?—preguntó al verlo, sin cuidarse de disimular.

—Mi mujer está enferma.

El joven palideció ligeramente.

—¿Quién trajo la noticia?

—Acaba de llegar Alberto.

—Es preciso que vayas.

—Ven tú.

—Yo debo ser el último. Márchate. Eres el más interesado.

—No importa...—insistió.

—Vete—ordenó el joven con imperio.

El otro encedió una cerilla y la apagó de un soplo.

Momentos después como si todos obedecieran á una consigna, cuatro de los concurrentes se levantaron y se dirigieron á la puerta de la calle de Carretas, mientras otros dos se dirigían á la puerta falsa del callejón. Se notó un soplo de ansiedad en los que quedaban, un deseo de verlos desaparecer; pero casi instantáneamente volvieron á entrar como arrollados desde fuera. Hubo un momento de pánico general, en el que todos se levantaron y muchos llevaron la mano á la cintura ó al bolsillo buscando la culata del revólver.

—¡Que se cierren las puertas!

—¡Que no salga nadie!—ordenó una voz seca y breve.

Todas las miradas se volvieron hacia el joven que había hablado con don Manuel. Este estaba pálido, pero sereno.

—No tenemos nada que temer—dijo,—y no hay por qué oponer resistencia.

Como si estas palabras fuesen una orden, todos se serenaron.

—Quedan todos ustedes detenidos, de orden de S. M. el rey—dijo, adelantándose un capitán.—Pueden salir dos á dos, para ser conducidos al cuartel.

Aquella escena era de las que habían quedado más grabadas en la mente de don Manolito. Una compañía entera rodeaba á Pombo; habían copado casi toda la oficialidad de Madrid. Veinte capitanes, ocho brigadieres, cinco coroneles..., todos los que conspiraban para destronar al rey que la Restauración acababa de colocar en el Trono, y precisamente en el momento en que se celebraba la última reunión, cuando se creían tener seguro el triunfo.

IV

REO DE MUERTE

Los días de la cárcel corrieron para don Manolito lentos y pesantes. El era el más comprometido de todos. Habían hecho traición los sargentos de su compañía, cuando ya los creía suyos, cuando ya todos los soldados estaban dispuestos, y los jefes creían poder sacar los regimientos á la calle para unirlos al pueblo, mejor dicho, para devolverlos al pueblo, del que los separaba la severidad de las Ordenanzas, y juntos todos imponer la voluntad soberana de la nación.

Cuando había vislumbrado el triunfo, cuando su optimismo no dudaba del éxito de la conspiración, se veía todo caer desmoronado, deshecho, derrumbado de un modo que no podría alzarse jamás. Más que su propia suerte y la de sus amigos, lo inquietaba el fracaso de sus ideas. Había nacido en 1836, en una época de luchas, de revoluciones, de perturbación, que habían influído sobre él.

Hasta el pequeño pueblo de Castilla la Vieja llegaban los ecos de la conmoción política que convulsionaba toda la nación en la menor edad de Isabel II.

La larga y desastrosa guerra civil partía á España en dos bandos, ambos igualmente fanáticos, capaces de cometer todos los excesos. No había indiferentes; todos discutían, se apasionaban de un modo ardiente. El trono de la joven princesa temblaba mal asentado en sus cimientos; la reina madre se veía obligada á huir, sustituyéndola Espartero, que no tardó en tener que escapar á Inglaterra para ponerse en salvo á su vez.

El padre de Manuel había sido una de las víctimas de los partidarios de D. Carlos. Su madre, viuda y sola, tuvo que ir á buscar amparo, con él y con otra hija de pocos meses, casa de un hermano suyo, boticario en Medina del Campo; pero la infeliz no tardó en sucumbir al dolor de la muerte de su marido.

El tío utilizó los servicios de los niños; Manolito, inteligente y reflexivo, era un excelente mancebo en la botica, y Matilde, la hermana, sabía cuidar la casa como una experta ama de gobierno.

Allí, en la soledad de su tienda, leyendo las escasas hojas de periódico que llegaban á sus manos, Manuel sentía encenderse en él un espíritu liberal y rebelde. Era como una protesta contra los que él creía asesinos de sus padres; una intención rebelde de aquella esclavitud á la que se veía encadenado, en la monotonía de las horas que se sucedían sin traer una emoción nueva. Contribuía quizás aquel espíritu frío, severo y recio de la ciudad castellana, enclavada en medio de la gran llanura y como dominada por el viejo castillo de la Mota, con sus torreones fatídicos, que se alzaba sobre ella.

Cuando le tocó la suerte de soldado y sus tíos quisieron librarle, él se opuso. Quería irse, correr mundo, ver el ambiente distinto, el horizonte amplio que había soñado; luchar al lado de los liberales y ser soldado de la reina. La reina ejercía sobre él una sugestión de mujer guapa, que hacía aun más picantes las anécdotas que circulaban en voz baja de su amor al Ejército.

Lloró la hermana mucho; lo llamaron ingrato los parientes; criticaron y se hicieron lenguas de la mala cabeza de aquel muchachito tan callado, que parecía tan juicioso. El opuso á todo su resistencia pasiva, con una firme decisión de libertarse.

Sin embargo, cuando llegó el momento de marchar sintió que se le oprimía el pecho. El último día le pareció amable su trastienda de la botica; advirtió en ella un bienestar en el que no había reparado antes. Sus tíos le inspiraban una gran ternura, y experimentó por su hermana un afecto ardoroso, apasionado. Hasta la torre del viejo castillo de la Mota le pareció gallarda y bella, y al borrarse en el horizonte le hizo experimentar una sensación de vacío, de soledad, tan grande que de buena gana se hubiera vuelto atrás.

¡Cuánto había de añorar aquella paz de Medina del Campo en los días azarosos de la gloriosa guerra de Africa! Su ardor guerrero, desesperado, como si buscase una compensación á su vida solitaria, le hizo distinguirse en la toma de Tetuán, donde recibió dos balazos que le atravesaron el brazo y el muslo izquierdo. Cuando terminó la guerra, Manolito había ya ascendido á capitán, y al volver á Medina enseñó con orgullo las medallas honrosas que ornaban su pecho y las cicatrices que habían dejado en su cuerpo los balazos. El modesto mancebo de botica se había cambiado en un gallardo oficial, que hacía suspirar á las sensibles niñas casaderas de Medina del Campo.

Pero Manolito estaba enamorado. Durante una de las estancias de su compañía en Zaragoza, había conocido á Elvira, una jovencita redonda, fresca, con tez de camuesa madura, en cuya casa se había alojado. La niña tenía unos ojos muy grandes, muy claros, que miraban muy parada y muy fijamente y que, por lo mismo que no tenían expresión ninguna, le parecieron á Manolito capaces de expresarlo todo. Iba siempre vestida de blanco; ese color que inspira respeto á los hombres, y exhalaba de toda ella un aroma de inocencia, de castidad, de doncellez tan verdadera y poderosa, que la abrazaba y la envolvía como un escudo.

No se podía pensar en aquella criatura sensualmente; sólo una gran ternura debía obligar á llevarla al matrimonio. Su mirada casta, fija, algo atónita, inexpresiva, despertó el amor, dormido hasta entonces, de Manolito. Cuando le hizo su declaración, ella lo oyó tranquila, serena, y sin inmutarse le contestó:

—Yo haré lo que mi madre y mi hermano quieran.

No le costó poco trabajo al joven capitán hacerse aceptar de estos. El hermano era un cura, que veía con recelo á un oficial isabelino; pero que, al fin, dió su consentimiento.

Entonces empezó un noviazgo idílico, bajo la mirada de la madre, que no les dejaba solos ni un momento ni consentía los apartes en voz baja. Elvira era siempre la misma criatura sujeta á un ritmo fijo, disponiéndose á ser su esposa, sin que un pensamiento ó un deseo empañasen la serenidad de su pensamiento.

Aquel hombre de treinta años, tan chiquillo y tan inexperto, ardía en deseos de casarse; pero cuando ya la boda estaba concertada se vió obligado á lanzarse de nuevo á la lucha.

La intolerancia política y la falta de respeto á la constitución del ministerio González Bravo, hizo que todos los partidos liberales coligados se pusieran frente al Trono; al levantamiento de la Marina, en la bahía de Cádiz, á cuyo frente se hallaba Topete, respondió la insurrección del Ejército, y la reina tuvo que huir á Francia.

Manolito fué de los revolucionarios más ardientes. El veía sufrir al pueblo, sentía el aroma de sus dolores, se indignaba de la injusticia, y de liberal pasaba á republicano, á revolucionario, á ser uno de los librepensadores más furibundos, aunque disimulaba estos sentimientos en las cartas que escribía á su novia, dirigidas siempre á la madre, que era la que respondía por la hija. No pudo reducir á su prometida á que participara de sus ideales, y tuvo que casarse con arreglo al Derecho canónico, cosa deshonrosa para un revolucionario de su época.

Las horas felices de su matrimonio lo alejaron un poco de la contienda política, tascando el freno del disgusto que le producía ver derrumbarse la obra de la República, el desacierto de las Juntas revolucionarias, hasta expirar la regencia del duque de la Torre en la elección de Amadeo de Saboya, por las Cortes Constituyentes, reflejo del espíritu monárquico arraigado en el país.

Se consolaba pensando que Amadeo había jurado lealmente la Constitución y que era un hijo de Víctor Manuel, el destructor del poder temporal de la Iglesia.

Entretanto, su esposa lo había hecho padre de una niña que formaban su encanto de buen abuelo, pues para él, su mujer, que no había perdido la candidez y la inocencia á través de su matrimonio, era como una hija más; tal la trataba y la mimaba, aunque toda su ternura no conseguía desarrugar el ceño de la suegra, que veía en él un impío.

Todavía la guerra cantonal del sur de la Península le hizo volver á tomar las armas; volvió

á su casa herido de un balazo en la cabeza que lo tuvo próximo á la muerte, y durante su enfermedad los parientes de su mujer, que lo creían ya perdido, no tuvieron consideración ni recato para molestarlo.

—¡Castigo de Dios!

—¡Ese es el fruto de la impiedad!

—Si sufre, bien merecido lo tiene; que lo ofrezca á Nuestro Señor Jesucristo. Más pasó Él por nosotros.

Su curación coincidió con su ascenso á coronel y el traslado á Madrid que vino á librarlo de todas aquellas gentes. Le pareció que su esposa lo seguía como un deber penoso, y ella, que tan poco hablaba, le dijo:

—Yo espero que sabrás tener respeto á mi conciencia y educar á tu hija en el temor de Dios. De lo contrario, me volveré con mi madre.

Manolito, obligado por el cariño á su mujer, había disimulado aquella indiferencia religiosa que ella creía impiedad. La veía sufrir como si temiese las consecuencias de estar al lado de un réprobo que no la acompañaba jamás al templo, y cuando la niña, de contextura débil y delicada, enfermaba, la veía mirarlo con algo de miedo y de rencor. Algunas veces le decía:

—Reza y pídele á Dios que no nos castigue en ella de nuestras culpas.

Así, él sólo sin nadie de su familia que compartiese sus sueños y sus ideales, buscaba fuera de casa la compensación, y se reunía con sus amigos, que eran los más exaltados. Tomó parte en aquella sublevación indignado contra el espíritu de la Restauración, que le parecía la anulación de toda aquella obra por la cual había derramado su sangre.

El fracaso ruidoso comprometía á la vez su porvenir, su vida y sus más caros afectos.

Cuando se le levantó la incomunicación no escuchó una voz amiga que lo alentase y lo sostuviese. Nadie que comprendiese su ideal, su abnegación, su enamoramiento de la libertad, su altruísmo para sacrificarse por el bien del pueblo y de la patria. Nadie que pusiera más alto la satisfacción de la conciencia que el interés material.

La esposa estaba desolada pensando qué sería de los hijos y de ella; mientras que la madre y el hermano lo llenaban de reconvenciones. Aquella unión de Elvira era una vergüenza eterna para la familia.

Sus tíos abominaban también de él. Al fin respondía á lo malo que esperaban de aquel muchacho retraído y uraño, que no había querido asimilarse sus enseñanzas y sus consejos para ser el digno sucesor de su tío en la botica de Medina del Campo. Sólo la hermana, que estaba viuda y era madre de una chicuela feucha y desmedrada, se limitaba á llorar en silencio, sin atreverse á decirle nada.

Se veía tan moralmente solo, tan desalentado, tan agobiado que escuchó sin temblar la sentencia de muerte formulada contra él por el Tribunal militar que entendía en la causa. Se sentía como desarraigado, sin más lazos que lo ligaran á la vida que los de su vida misma.

V

EN PRESIDIO

Su pánico fué cuando se le comunicó la conmutación de la sentencia por la de cadena perpetua. Era como volver de nuevo á su trastienda de Medina. No podría conformarse. Sin embargo, tuvo fuerzas para fingir el mismo aspecto de serenidad é indiferencia que había adoptado desde el principio. Sufrió con paciencia las recriminaciones de todos á guisa de despedida.

—Ha esto nos ha conducido tu mala cabeza—dijo el cuñado.—Yo cuidaré, sin embargo, de tu mujer y de tu hija. Ve tranquilo.

Hasta su mujer le repitió también lo que tantas veces habrían oído:

—Ves, Manuel, ahora por culpa tuya ¿qué será de nosotros?

En el fondo de su alma aquella ingratitud había roto todos los lazos de afecto que lo ligaban á su familia.

Se produjo una reacción favorable, y él que había deseado morir sintió de nuevo el ansia de vivir para sí, para él solo, para ser libre. Un proyecto loco de escapar, de vivir en otra tierra, de crearse una existencia nueva, lo invadía.

—Yo trataré de escaparme—se dijo;—y si no lo consigo, siempre me queda el recurso de estrellarme la cabeza contra la pared.

¡Dios mío, cuánto tienen que sufrir los presos!

Había estado á punto de volverse loco cuando se llevó á cabo la terrible ceremonia de deshonerarlo, de despojarlo de su uniforme de militar, de arrebatarle las cruces y las insignias ganadas con sangre en el servicio de la patria, y que perdía otra vez en ese mismo servicio.

Tenía miedo de mirar á los soldados, como si temiese ver la vergüenza de ellos al llevar á cabo aquel acto.

—La insignia de las heridas que han marcado estas cicatrices en mi carne, no me la pueden quitar—dijo con arrogancia.

Después se despidió de su mujer, que lloró mucho, y de la pequeñuela, que ponía la mejilla para recibir sus besos, con aspecto un poco uraño y asustado. No hubo efusión en ninguno, sino una acusación muda, aquélla que tantas veces habían repetido:

—¿Ves adónde nos ha llevado tu imprudencia?

Era una despedida definitiva, de todo y de todos. Él estaba muerto para los suyos y para la

sociedad. No le quedaba más que vivir día tras día, viviendo por vivir, por sentir la vida.

Al llegar al presidio de Granada, los penados, curiosos de conocer los nuevos compañeros, prorrumpieron en gritos de burla y chacota á la vista de su aspecto de *señorito*, vestido de negro, con gabán abrochado y su gran perilla negra. ¡Un señorito que se venía dando aires de personaje! ¡Ya le bajarían ellos los humos! Lo habían de pelar y vestir como á los demás.

Aquellos gestos asustaron al prisionero, y solicitó hablar al director:

—Caballero—le dijo;—yo soy el coronel don Manuel Fernández. No sé por qué me han traído aquí. Es un abuso, porque yo no puedo estar confundido con los reos de delitos comunes. Deseo elevar una instancia para que se me siga tratando con arreglo al fuero del Cuerpo á que pertenezco. Entretanto, yo le ruego que me aparte de mis compañeros de prisión y no me obligue á rasurarme el rostro y la cabeza.

Había tanta dignidad, tanta firmeza y tanta arrogancia en sus palabras, que el director cedió á sus ruegos. Gracias á la bondad de aquel hombre, don Manuel pudo estar solo, usando su traje y sin sacrificar aquella perilla y aquellos mostachos que le eran tan queridos. Cada vez que se encontraba con los otros presos se renovaban las señas amenazadoras, en los que hacían ademán de afeitarlo. Se indignaban del privilegio del *señorito*.

Sin embargo, cuando cundió la noticia de que era uno de los famosos revolucionarios, cuya condena de muerte se había permutado por cadena perpetua, los presos cambiaron de conducta. Lo saludaban afables, y un día uno de ellos se le acercó y le dijo:

—Señor; le traigo un memorial firmado por mí y por algunos de mis compañeros; si triunfa la República, tenga piedad de nosotros.

Y él, el pobre preso, tan desvalido como ellos, lo tomó con aire protector ofreciéndoles tenerlos presentes en la hora del triunfo.

Al fin se resolvió su instancia de un modo favorable. Su cárcel había de ser en un castillo, y se le designaba el de Santa Catalina, en Cádiz, adonde lo habían de conducir. ¡Ya era hora! Los escasos recursos con que se había ido sosteniendo escaseaban, y nadie se cuidaba de él. Su mujer se había ido con su hermano y su madre á Zaragoza, y sus raras cartas eran sermones de moral, dictados por el cura. Su hermana seguía viviendo miserablemente en Madrid, trabajando para sacar á su hija, pues los tíos de Medina no querían saber nada de los dos sobrinos, á los que calificaban de ingratos.

Un día se vió sorprendido por una visita. Un caballero desconocido que al estrechar su mano hizo en ella un signo extraño. Manuel lo miró con desconfianza. ¿Se le tendería un lazo? El estaba iniciado en la masonería, pero su vida azarosa lo había mantenido lejos de las logias, en el momento de la desgracia su delicadeza le hizo abstenerse de pedir protección á una Sociedad á la que no había aportado ningún servicio. Vacilante dió un paso atrás y respondió al saludo del hermano con ese otro noble signo:

"Antes me dejaría cortar el cuello que ser infiel."

El otro repitió el saludo:

"Antes me dejaría partir por medio del cuerpo que ser infiel."

Aquel signo le revelaba que era un hermano de gradación superior. Sin embargo, Manuel dudaba aún.

—Dame la palabra...—dijo.

—Dame tú la primera letra—respondió el segundo.

Se inclinó sobre su oído, y articulación á articulación ambos compusieron la palabra sagrada que los unía en lazos fraternos.

Don Manuel estaba trémulo, lleno de alegría.

—No hay tiempo que perder—dijo el caballero.—Nosotros no abandonamos á los nuestros cuando merecen tanto como usted.

—¡Perdón!... yo...

—No se disculpe—atajó el otro.—Está todo justificado en su caso. Pero oiga, óigame con atención. Va usted á ser trasladado á Cádiz. Pida que lo conduzcan en ferrocarril. Alegue su categoría, su estado de salud; el médico es nuestro.

—Pero si yo no tengo dinero y no puedo...

—Mande que su administrador don Francisco Nogales, Carrera del Darro, 82, le facilite los fondos.

—Yo no debo.

—Es preciso—dijo el otro con energía.—Obedézcame. Es imposible que lo conduzcan á pie...; no podría usted resistir esos días de camino, delante de los caballos, ese martirio de la llegada á pueblos donde todo preso es un gran criminal y los chicos y las viejas lo insultan, como á un negro y un hereje... Además, cualquier movimiento imprudente, y ya sabe usted que la Guardia civil puede disparar sobre los fugitivos.

—No tengo idea de huir.

—¿Quién sabe las ideas que puede suscitar el aire libre? ¡Han muerto tantos presos en ruta! El coronel Fernández tiene fama de audaz...

Aquellas palabras le habían puesto carne de gallina; su emoción de felicidad al verse amparado, protegido con una Iglesia acogedora que velaba por él, le produjeron una fiebre tan alta que el médico pudo certificar de su enfermedad en justicia, y la conducción se hizo por tierra.

Unos días de verse mezclado en medio de la vida, aunque una reja invisible lo separase de ella. Se veía al lado de personas libres, confundido con ellas en el andén de la estación, gozando de la aparente libertad de un viaje. Se iban á renovar aún para él los paisajes y los horizontes.

Los dos guardias civiles que habían de acompañarlo eran dos hombres jóvenes, de fisonomías afables y simpáticos.

—Yo no he de tratar de escaparme, amigos míos —les dijo, saludándolos militarmente.—Yo no soy un preso vulgar; soy un coronel..., un republicano... No quisiera llamar la atención del público. Les ruego que disimulen para que no se note que voy preso... ¿Quieren hacerme ese favor?

Los dos guardias se miraron sorprendidos é indecisos.

—Yo les doy mi palabra de honor—añadió el preso.

Su acento era tan entero y persuasivo, que los guardias respondieron á la vez:

—Haremos lo que usted desee.

Fué un viaje delicioso, con tales apariencias de libertad, que durante algunos momentos se engañaba á sí mismo.

Al acercarse al término de su viaje, don Manuel quiso hacerles un obsequio á sus conductores, que lo rechazaron afectuosamente.

—Al menos—exclamó—díganme sus nombres, por si las cosas cambian.

Los dos hombres le dieron sus nombres, esperanzados en sus palabras con aquella misma esperanza con que él los anotó cerca del pliego de papel que guardaba los nombres de los presos.

Era un *debe* que habría contra el *haber* de la presunta República.

VI

SANTA CATALINA

Al llegar á Cádiz lo esperaba en el andén un primo suyo, notable literato, afiliado también á la masonería.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Haz que me reciba el gobernador. Yo no quiero pasar la noche en la cárcel.

Una hora después, los dos estaban en presencia de la autoridad militar.

—Yo no puedo hacer nada en esto... El capitán general es el que puede disponer...

—¿Permite usted que mi primo aguarde aquí mientras voy á verlo?—preguntó el literato.

—Con mucho gusto, amigo mío. ¿Pero dónde va á encontrarlo á esta hora?

—Estará en el teatro, ó cenando en el Casino con la viudita.

El gobernador hizo un gesto malicioso terminado con una palmadita de inteligencia sobre el hombro de su amigo.

Al cabo de una hora, éste volvió satisfecho. La *viudita* debió estar tan encantadora esa noche, que el capitán general, que cenaba con ella, había dado la autorización para abrir el castillo de Santa Catalina—que sólo se abría de sol á sol—para recibir al preso. Muestra de distinción que hizo concebir una alta idea de la influencia é importancia de don Manolito al comandante del castillo.

No había á la sazón ningún otro prisionero, y esto hacía que pudiese ser más dulce para Manuel el régimen, que no tenía que someterse á las ordenanzas comunes. El castillo, construído sobre una roca cuyos cimientos bañaba el mar, que en la marea alta subía hasta sus muros, era inaccesible por tierra, á no ser que se tendiese el puente levadizo, bien vigilado por sus centinelas. No era allí posible una evasión; y el comandante, bien seguro de ello, lo dejaba moverse á sus anchas, sin tomarse el trabajo de encerrarlo en la habitación que le servía de calabozo.

Don Manuel iba y venía por todas partes, paseaba en la plataforma, como uno de los moradores de la guarnición del castillo. Todos lo conocían, sabían su graduación; el *delito* por el cual se hallaba preso y aquel héroe de la guerra de Africa despertaba simpatía y admiración, acrecentadas por el relato de la traición de que lo hicieron víctima. Todos los soldados lo saludaban militarmente y le llamaban Coronel. El mismo comandante sentía un respeto de subordinado hacia él. Don Manuel se ganaba, además, la simpatía con su carácter afable, circunspecto y su aire digno.

Jamás molestaba á nadie; correcto, silencioso, siempre pasaba el día encerrado en su habitación, entregado á la lectura de la provisión de libros que le enviaba de Cádiz su pariente; al caer la tarde salía á pasear por la plataforma, frente al mar, con la mirada perdida en aquella doble profundidad azul del Océano y del cielo. Sus ojos se complacían en seguir las estelas de humo blanco que rayaban el horizonte, y el corazón le latía con violencia en el pecho al perderlas de vista. ¡Barcos! No había nada que le diera la sensación de la idea de libertad como los barcos. Lo invitaban á echarse á nado, gritarles, hacerles señales como un pobre náufrago para que vinieran á sacarlo de aquella isla desierta.

Las novelas lo distraían al principio; pero poco á poco habían ido perdiendo el poder evocador con que las seguía en su mente para libertarse con ellas, y las horas se hacían más largas, más cansadas, más pesantes, de una monotonía que hacía pensar en el suicidio para librarse de ellas.

Apenas le escribía su familia; nadie lo visitaba, sino un *hermano* que vivía en los arrabales de la ciudad y que tenía el encargo de comunicar á los demás su estado.

—Yo no puedo resignarme á vivir así—pensó.—Esta contemplación incesante de las mismas cosas, sin esperanza de variar, acabaría por volverme loco. Se me está haciendo hostil todo con su inmovilidad. Es mejor morir que seguir de este modo... Pero ya que el morir no me arredra, bien puedo jugarme la vida contra la libertad.

Formado su propósito loco de liberación, aquella noche subió á la plataforma á la hora en que el comandante se dedicaba á su operación favorita de pescar con volantín desde la muralla. El centinela paseaba por el lado de tierra. Los hombres de la guarnición dormían, y un silencio solemne reinaba en torno suyo.

—¿Se pesca, mi comandante?

Este se volvió un poco, sorprendido.

—Voy á enseñar á usted á pescar, amigo mío—siguió el preso.—Me he mandado traer un volantín, anzuelos, macizo y carnada...; si usted me lo permite.

—Sí, hombre; venga usted. No hay mal en ello.

Don Manuel tocó el volantín del comandante.

—¿Pero cómo quiere usted pescar con esto? Los peces que usted coge es que se suicidan de puro hambrientos. ¡Pues así que no son ladinos para ver esa cuerda entre las aguas! Y que uno que escape, se lo charla á los otros y no queda un pez en toda la orilla. Mire usted mi volantín. Crin de caballo blanco, que yo mismo he torcido... Vea el aparejo. Un pelo de gusano, maravilloso...; anzuelos finos de palangre... Ya verá usted lo que es pescar.

El comandante admiró aquellos pertrechos, pero no quiso dejarse vencer.

—¡Bah! Cuando hay peces se agarran á cualquier cosa. El caso es saber esperar y saber tener el volantín, que no dé en las piedras y se enroque.

—Eso debe ser difícil aquí.

—Sí; por eso yo no pesco con la marea baja. En la alta marea, el agua sube más de tres metros. Es preciso poner plomos para llegar al fondo.

¡Tres metros! Se apuntó anhelante aquel dato en la memoria, y se dispuso á la pesca arrojando grandes puñados de enguao al agua.

—¿Qué hace usted?—preguntó el comandante.

—¿Pero usted no maciza?—repuso don Manuel á su vez.

—No.

—Pues entonces poco cogerá. Hay que hacer un *enguao*, con sardinas rancias ó buches de melva; se machacan con arena, y su olor atrae los pescados. ¡Uno!... ¡uno!... tenemos ya aquí.

Recogió rápidamente el volantín, y entre la sombra que los rodeaba relució la forma fosforescente de un hermoso sargo que empezó á dar coletazos sobre los ladrillos.

—¿Con qué encarna usted?

—Un pedazo de arenque.

—No... Sardina fresca, y mejor lombrices de tierra, ésas que hay bajo las piedras en los lugares húmedos. Tome, tome usted mis arreos.

Como si la suerte hubiera querido protegerlos, la pesca fué abundante y el comandante del Castillo pudo gozar sacando nueve hermosos sargos.

Desde entonces se reunían todas las noches y de las diez hasta las doce ó la una lo pasaban entregados á la pesca. Así el Comandante había adquirido confianza y los centinelas se habían acostumbrado á ver al prisionero andar de noche por el castillo. La evasión era más imposible de noche que de día, puesto que desde que se ponía el sol no se bajaba para nadie el puente levadizo.

—Si voy á llamar un día á la puerta de tu casa ¿me ayudarás?—preguntó don Manuel á su amigo un día que fué á visitarle.

El otro estuvo tentado de reir, pero al ver la mirada de don Manuel se puso serio y repuso con gravedad:

—Eso ni que decir tiene. Dispón de mi casa como gustes.

Al separarse se apretaron la mano con más fuerza que nunca.

VII

LA EVASIÓN

Aquella noche, como sucedía otras muchas en las que el comandante estaba ocupado, don Manuel estaba solo en la terraza, entretenido en echar su volatín.

Era una de esas noches oscuras favorables para la pesca. El mar en el fondo parecía una gran mancha de tinta y el cielo negro, cubierto de nubes imprecisas, se extendía envolviéndolo todo en la sombra.

Sólo de vez en cuando cruzaba á lo lejos algún vapor cuyas luces verdes y rojas no tardaban en desvanecerse, como si las apagara la sombra. El castillo era también como un barco anclado cerca de aquella orilla, cuya proximidad delataban las luces de tierra y los faros que parpadeaban entre la oscuridad de la noche.

Al dar las once Manuel recogió nerviosamente su volatín, lo metió dentro del cesto, sacó de su seno un papel en el que había escrito esas líneas vulgares del suicida. "Cansado de la vida me arrojo al mar, que no se culpe á nadie de mi muerte."

En esta ocasión él tenía la esperanza de que ese papel fuese un engaño; pero deseaba librar de su responsabilidad al comandante, y librarse á sí mismo de la burla que provocase hallar su cadáver si adivinaban su propósito de evasión.

Se quitó la chaqueta, se desembarazó del capote, siguiendo arrebujado bajo él, y ya dispuesto para arrojarse al agua oyó cerca de sí los pasos del centinela. El corazón le latía con tal violencia, que se apretó el pecho con las manos.

—Si me descubre... tanto peor para él.

El anhelo de libertad se sobreponía á todo en su alma... matar... morir... todo ¡pero ser libre!

En cuanto dejó de oir los pasos se subió rastreando sobre el muro, casi tendido en él, con miedo de que su silueta sobresaliera... y se dejó caer al mar.

¿Había muerto? El creía que sí, que había muerto y que había resucitado después en virtud de su ansia de libertad. Fueron momentos de estar muerto, de inconsciencia, de no respirar, de no latir el corazón aquellos momentos en que sintió la impresión de lanzarse al aire y de caer en el mar.

Resucitó después, con una idea aferrada, cristalizada en el cerebro: escapar. Nadó, nadó en dirección á la costa, á favor de la calma y de la marea que lo libraba de los escollos. El había calculado el punto á que quería llegar y nadaba con energía, tan temeroso de que le faltara la fuerza como de poner el pie en la tierra. Sentía que el mar lo protegía más que la tierra y tenía miedo de que el centinela hubiese oído el golpe y lo persiguiesen al llegar. En ninguna batalla había experimentado jamás aquella sensación de angustia tan intensa y tan honda. En cuanto ganó la orilla miró receloso frente á sí, pero no se atrevió á volver la cabeza ni á mirar hacia atrás ó hacia el castillo. Era como un niño medroso que no mira jamás en pos suyo en la sombra. Corrió tierra adentro encorvado, sin atreverse á ponerse derecho para no presentar demasiado blanco, como si se acogiera á la tierra para ocultarse en ella.

No podría explicar cómo sorteó los peligros y cómo llegó á casa de su amigo.

Dió sobre la puerta los tres golpes de llamada en el templo y la puerta se abrió. No produjo la sorpresa que él esperaba su aparición chorreando de agua, desgarrado y jadeante.

—Te esperaba—dijo lacónicamente su amigo.

Las tres mujeres que componían la familia temblaban de emoción, y la madre lo abrazó llorando y llamándole hijo. Aquello era la libertad que empezaba.

No había tiempo que perder. Cogió unas tijeras y se cortó los bigotes y la perilla.

—Afeítame bien—dijo á su amigo.

Este quiso obedecer, pero sus manos temblaban.

—Deja y lo haré yo—dijo con serenidad don Manuel.

Se afeitó, tomó un vaso de leche que le ofrecía la anciana, se vistió un traje completo de su amigo mientras las mujeres le pegaban fuego al suyo.

—Las cenizas no delatan á nadie—dijo.

La más joven había ido á buscar un coche que debía parar en otra calle distante. Allí llegó él y tomó asiento á su lado. Era preciso pasar ante los centinelas que vigilaban la entrada del puerto. ¿Se sabría ya su evasión?

Cuando les dieron el alto él sacó su cara afeitada por la ventanilla con toda serenidad. Se le dejó el paso franco.

Los *hermanos* le habían preparado alojamiento en la Isla de San Fernando. Allí estuvo durante quince días oculto, leyendo todas las conjeturas que se hacían de su fuga. Se lo comparaba á Edmundo Dantes, el "Conde de Monte Cristo" y la creencia general era que se había acogido á bordo de algún buque, y hasta algunos creían que se habría ahogado y que no se trataba de una evasión, sino de un suicidio. Una mañana al levantarse don Manuel encontró á su huésped con el semblante lloroso.

—¿Qué le sucede?—preguntó.

—Nada.

La mujer se adelantó.

Ella también tenía los ojos enrojecidos.

—Señor... por caridad... no se ofenda... pero usted va á ser nuestra perdición... lo andan buscando... Si lo hallan en casa, ¿qué va á ser de nosotros?

El marido callaba.

Don Manuel se inmutó. Comprendió el pánico de aquellos pobres y se asustó de las consecuencias que podía tener.

—No temed—les dijo,—yo me iré hoy mismo.

Aquella noche fué á llamar á la puerta de otro hermano, y pocos días después embarcaba como fogonero en un barco que hacía escala en Portugal.

Aún le estaba reservada otra emoción, en el momento de la partida, cuando entraron dos soldados y un sargento á revisar el barco. Sintió un pánico tan grande, que por un momento pensó en ir á ocultarse en la máquina. Después, pensando que el miedo podía denunciarlo, subió sobre cubierta para afrontar el peligro. Cuando se vió ante el sargento su rostro palideció mortalmente. Era un sargento del regimiento en que hizo la campaña de Africa; lo reconoció y tuvo la seguridad de que él también lo había conocido. Era mejor entregarse que sufrir la vergüenza de verse delatado.

El sargento debió conocer lo que pensaba, porque rápidamente hizo un signo masónico y alargó la mano para tomar los papeles que él tenía preparados.

—Están en regla—dijo.—Salud y buena suerte.

Y le volvió la espalda.

Ni en alta mar, ni en las aguas del Tajo consiguió considerarse libre. No respiró á gusto hasta que desembarcó y pisó la tierra portuguesa. Era como si volviese á la vida, como si naciera de nuevo.

VIII

LA NUEVA VIDA

Así es que á pesar de la amnistía dada por el gobierno español, no había querido ya abandonar aquella tierra. A su llegada, el gobierno portugués lo acogió como refugiado político, pasándole una modesta suma para evitar la mendicidad. El llamó á su esposa dispuesto á trabajar para sostenerla á ella y á su hija; pero ella no quiso ir. No quería perder su alma ya que su hija había muerto. Aquello fué un dolor inmenso para don Manuel. Hubiera querido morir antes que saber tan triste noticia, y tuvo que resignarse á su abandono. Su mujer le siguió escribiendo de tarde en tarde, hasta que un correo recibió un carta de luto que le participaba su viudez.

El lloró á su esposa con la misma sinceridad que si no hubieran estado separados. Todos los defectos de su compañera los hacía suyos para idealizarla en su corazón.

No tenía más afecto que el de su hermana y su sobrina que eran ya lo único que le quedaba en el mundo, y las llamó cerca de él.

—Vivid á mi lado con entera libertad—les había dicho—podéis rezar y creer todo lo que os dé gana; lo único que no quiero es que habléis jamás con un cura. Os cerraría las puertas de mi casa.

Y cerca de él vivieron las dos pobres mujeres hasta que un día la hermana no se levantó del lecho.

Aquel golpe trastornó á don Manuel. Todavía estaba el cadáver de cuerpo presente cuando la sobrina se acercó y le dijo:

—Tío... has sido muy bueno para nosotras y no quisiera causarte un disgusto, pero ahora, al morir mi madre, yo no quiero quedarme aquí... Mi reputación podía padecer.

—¿Pero qué dices?—repuso él atónito.—¿Tu reputación? Yo soy un viejo... tú tienes ya cuarenta años... eres como mi propia hija.

Ella lo dejó acabar y repuso con calma.

—Yo quiero irme al convento de las Reparadoras.

—¿Es posible?

—Sí, mi madre y yo íbamos allí todos los domingos... perdona que te lo ocultásemos... Era preciso confesar... cada uno tiene sus creencias... Ya ves... Yo podía irme sin decirte nada... pero no quiero... te quiero mucho... te estoy muy agradecida...

El no la oía. Otra vez se estrellaba contra aquel muro que intentaba demoler. Se dejó caer anonadado sobre su sillón y permaneció en silencio velado el cadáver. Al volver del cementerio la sobrina no estaba ya en la casa.

—¡Solo! ¡Solo!—se repitió y se dejó caer sobre el lecho.

No podría precisar si fueron dos ó tres días lo que duró su fiebre y su inconsciencia. Débil, extenuado, sin tomar apenas alimento pasó una larga temporada. Aquella soledad lo vencía, lo anonadaba. Al fin el tiempo y su fortaleza de espíritu se sobrepusieron.

Ahora vivía solo, tranquilo, con la mezquina paga que recibía de España, después de la amnistía. Su única distracción era visitar á sus amigos; gozaba en ser amigo de todos los españoles que llegaban á Lisboa ejerciendo una especie de protectorado sobre ellos para guiarlos y ayudarles.

Había guardado un gran amor á la masonería que lo salvó, y era el más asiduo concurrente de las logías cuando *había trabajos*. Había llegado á tener el grado 33 y á ocupar uno de los puestos importantes. Pagaba á la masonería la protección que le había dispensado con una fe, un amor y una dedicación admirables.

—Yo, ya puedo comparar lo que valen unas cosas y otras—solía decir.

Aquella noche sin saber cómo, llevado de la sugestión del ambiente, de la melancolía de Fernando, evocó todos aquellos recuerdos, algunos perdidos casi borrados, y otros dolorosos y sangrantes que no había podido estirpar.

IX

LA CASA

Desde que conocía aquella historia, Fernando tenía una especie de veneración por don Manolito; se le representaba de un modo extraño. Aquel hombre superviviente de una época tan rápidamente lejana le parecía un milagro, un ser semifantástico.

Así es que veía con emoción la confianza con que el anciano le franqueaba su morada, era como si él rompiese su soledad, aquella especie de encantamiento de que se rodeaba. Desde el portal mismo arrancaba la escalera, una escalera estrecha que obligaba andar de medio lado, pina y alta, hasta llegar á la meseta en donde estaba la puerta del piso. Era una de esas viejas puertas de madera, en las que hay una cadena de hierro y una argolla para sonar la campanilla; puertas grandes, pesadas, macizas, en las que la mugre de los años y la polilla han marcado sus huellas.

Al abrir aquella segunda puerta la casa los acogió con ese aroma de soledad de las casas muy deshabitadas. Un pasadizo estrecho los condujo á la pieza principal. Allí don Manolito apagó la cerilla que los había guiado y frotó otra para encender el quinqué de petróleo, con recipiente de metal y pantalla de cristal en forma de bola.

Estaban en una sala cuadrada, bastante amplia, con dos ventanas altas, cubiertas por visillos blancos. Fernando se asombró de un orden tan perfecto que no había creído encontrar. El viejo pareció adivinar su pensamiento.

—Yo lo limpio y lo arreglo todo—dijo.—en cuanto me levanto hago el oficio de la mujer; enciendo lumbre, preparo la comida, limpio la casa y lavo y arreglo mi ropa.

—Usted solo.

—Sí, yo, y por cierto que con tres horas tengo bastante para lo que ellas gastan el día.

Abrió un cajón del aparador y sacó una caja.

—Mire, aquí tengo hilos de todos colores... dedales... hasta cinco. Este alfiletero me lo regaló mi nodriza cuando caí soldado en Medina... La pobre fué á despedirme y me lo dió... Me lo trajo mi hermana... ve... alfileres... agujas de todas clases... mi bola de coser calcetines...

Entusiasmado de su habilidad mostró al joven su alcoba, su cuartito de limpieza, su cocina con todos sus menesteres. Iba guiando, con el quinqué en la mano, enumerando los objetos y describiendo su vida.

—Después, cuando acabo de esto, hago el oficio del hombre — continuaba—: Mi correspondencia, mis asuntos, mis colecciones.

Se detuvo, guiñó maliciosamente el ojo izquierdo y añadió:

—Luego me divierto.

Y sin dar lugar á que le preguntase en qué, dejó el quinqué de nuevo sobre el aparador de la sala, y le mostró la multitud de cajas de madera y de saquitos que ocupaban el sofá, las sillas y las mesas. Era su tesoro de sellos. Luego le mostró las paredes; estaban cubiertas de panoplias llenas de armas de todas clases.

Durante un largo rato se deleitó enseñándole todas aquellas armas antiguas y raras que había amontonado. Había muchas de esas armas en forma de ídolos, de madera, propios de los países africanos y que tanto abundan en Portugal en la *feria de Ladra,* esa especie de *Rastro* de Lisboa donde van á parar fatalmente algún día todos los objetos de la población y de donde vuelven á salir, como por efecto de un flujo y reflujo de la miseria. Había esas porras claveteadas de las cabilas moras de Marruecos, los toscos machetes, las espingardas, lanzas, mandobles, los finos puñales florentinos, los adamasquinados de Toledo. Un verdadero caudal.

—¡Pero tiene usted aquí un tesoro!—exclamó el joven.

—Ya lo creo. Ahora va usted á ver una pieza por la que me han ofrecido bastantes miles de duros... Este mandoble es el del rey Don Rodrigo.

Y le mostraba un mandoble corto, de hierro, pesado, rudo, en cuya hoja estaba grabado, casi borrado por el moho del tiempo, *Rodrigo Rey.*

—Es él, el auténtico—decía con entusiasmo.—Ya sabe usted que la crítica histórica moderna que ha deshecho toda la fábula de Florinda, D. Julián y el Guadalete, dice que D. Rodrigo se refugió y murió en esta parte de la Península. Esta arma fué sin duda suya...

Al decir esto la miraba y la esgrimía con amor y orgullo, como si la lejanía aproximase más á Don Rodrigo y le diera á aquel pedazo de hierro viejo toda la importancia de la monarquía visigoda.

Se gozaba como un niño que enseña sus juguetes, contemplando la admiración del joven.

Como el que gradúa los efectos empezó á mostrarle todos sus sellos. Sacos llenos de aquellos paquetes, en tal cantidad que parecía tener ya los necesarios para redimir á ese cautivo imaginario con quien sueñan los coleccionistas.

Era un álbum magnífico, grande, lujosamente encuadernado; en sus hojas estaban dibujados todos los sellos, por el orden en que aparecieron en los diversos países, y debajo su descripción, pintoresca y lacónica. Se empezaba por los sellos de España. Toda la colección antigua. Isabel II aparecía en aquellos pequeños marquitos azules y rosados, con su rostro fresco, su cabellera de trenzas abundantes, y su aspecto fuerte y agradable de mujer del pueblo español, matronil, maciza, exuberante como una nodriza. Tenía toda la colec-

ción "cuatro cuartos", "seis cuartos", "doce cuartos"... Seguían estampillas de los otros reyes, y como á rey daba entrada la afición del filatélico á la imagen de D. Carlos, y los sellos del Papa-Rey con su tiara y sus armas de la iglesia; y hasta cuidaba con amor el semblante de grandes patillas de aquel rey que quiso destronar. El sello del Oso y el Madroño, de dos reales, ese ejemplar tan escaso y tan raro figuraba en su casilla, como si fuese un cuadrito precioso.

La historia contemporánea de Europa figuraba en sus sellos. Abundan águilas estilizadas en los estados de Europa central; sellos imperialistas de la Rusia, la Francia y la Alemania, capaz de hacer aborrecibles todo el álbum. Los sellos italianos, desde Víctor Manuel al rey actual, con esa bella alegoría del sol que brilla en el horizonte italiano, según la inspiración profética de las odas de D'Anuncio.

Todos los pintorescos sellos americanos, con los volcanes, los pájaros verdes de larga cola, las estrellas de los Estados Unidos y toda esa serie de alegorías tan graciosas y tan chispeantes. Para Fernando el álbum magnífico tenía el valor de un libro de estampas. No comprendía el trabajo, el esfuerzo y la paciencia que todo aquello representaba. Veía con cierta sorpresa la satisfacción de don Manuel, cómo aquel triunfo de reunir pedacitos de papel antiguos raros ó vulgares se apoderaba de su corazón y le hacía olvidar las amarguras de su vida, sus tristezas y su soledad. Aquella afición era algo creado por el anciano para condensar sus ideales, su vida, sus anhelos de triunfo, su deseo de lucha; la encarnación de aspiraciones realizadas, que venían á consolarlo de sus dolores hondos y de su fracaso en la existencia.

—Esta es la alhaja, la joya rara —dijo el anciano señalándole una de las estampillas. Es el célebre sello de San Mauricio. Sólo hay tres ejemplares en Europa y ha habido filatélico que ha hecho un largo viaje sólo por contemplarlo.

Lo miraba con amor, acariciante, trémulo, sin atreverse á tocarlo, con la emoción que puede experimentarse ante una obra de arte.

Fernando no pudo reprimir una pequeña burla.

—¿Algún inglés?

Don Manuel asintió.

—Sí.

Fué tan sencilla, tan convencida, tan de buena fe su respuesta, que el joven se avergonzó de aquella broma. Sin duda el anciano no conocía el caso que citaba, pero el héroe de una de estas historias había de ser un inglés necesariamente.

—Y no crea usted que yo reuno esto para venderlos. Es por el gusto de tenerlos yo. Más de veinte mil duros me darían por este álbum...

—¿Y no le tienta á usted la idea de hacerse de esa suma y volver á España?

—Lo he pensado á veces—respondió el anciano. —¿Pero qué haría yo allí?... evocar recuerdos dolorosos. Si yo tuviese esa cantidad compraría un pedazo de tierra en Torre Vedras... Ese delicioso lugar de clima de primavera. Allí haría mi casita y plantaría muchos frutales y muchas flores... Manzanos, naranjos... los cuidaría yo mismo... Plantaría una madreselva y un jazminero para que se enredasen en mi ventana.

Fernando oía conmovido aquellos sueños de vida, aquellas esperanzas, admirando el espíritu del octogenario tan lleno de fuerza, de ilusiones y de vida, que aún pensaba en el lejano fruto de los árboles plantados por su mano.

Pareció que el anciano adivinó su pensamiento.

—Mi abuelo murió de ciento veinte años—dijo, —y mi bisabuelo de ciento dos. Somos una raza de hierro, de castellanos viejos, de lo que no existe ya.

Castañeteaba los dientes y hacía valer las bolas de músculos de los brazos, puestos en tensión, como para atestiguar su juventud.

Después volviendo á su idea fija, añadió:

—No es el temor de no disfrutar mi dinero el que me hace guardar estos sellos; es que les tengo cariño. ¡Me ha costado tanto trabajo reunirlos! ¡Si usted viera! Cada uno tiene su historia. Algunos han llegado á mis manos de un modo raro, inopinado, verdaderos milagros. Esta ocupación me ha distraído, me ha consolado... Mi San Mauricio me lo legó un *hermano* que había hecho un viaje allá y lo había comprado en tres mil duros á un viejo cura protestante. Es una joya; un diamante raro; como el *Montaña de Luz* de la corona de Inglaterra. Yo no sabría vivir sin él.

Como si temiera estar hablando demasiado de su tesoro, cerró cuidadosamente el libro y lo guardó en el cajón de su mesa.

—Ahora—terminó—vamos á tomar unos bocadillos y unas copitas de Oporto, amigo mío. El Oporto tiene todo el aroma y toda la riqueza jugosa de la tierra de Portugal. Es un vino religioso. Mientras le leeré cartas de mis amigos filatélicos. Verá. Me escriben de todas partes del mundo. Cristianía, Moscou, Colonia, Liverpool... Londres. Mi sello de San Mauricio es codiciado, admirado... tanto, que les he dicho á todos que lo tengo depositado en la caja de caudales del Banco. Usted es un profano y no sabe el valor de joya que esto tiene. Es un diamante. Un diamante.

X

ASECHANZA

Aquella revelación de su vida íntima hizo más amigos aún á Fernando y Don Manolito, que pasaban largas horas juntos en los cafés, ó paseando en los jardines, departiendo siempre sobre las esperanzas de volver á Madrid, que abrigaba el primero, ó sobre las ilusiones de conseguir un nuevo sello, que llenaban la vida del segundo.

El joven tenía la paciencia de escuchar la lectura de todas las cartas que recibía el viejo de sus amigos filatélicos, amigos desconocidos con los que había intimado, por la afición común. Uno que se hallaban en el Brasil, y con el que se carteaba hacía dos años casi continuamente, le había avisado su venida. Era el único filatélico que poseía los sellos de un rey negro, de una región africana, el cual sólo había reinado un año. Un sello famosísimo.

—No me atrevo á pedirle ningún ejemplar—decía,—pero me consideraré feliz sólo con contemplar esa maravilla.

Cuando llegó el filatélico, el alborozo de don Manolito no tuvo límites. Herr Hanse era un alemán alto, pelirrojo, estrafalario, que había recorrido medio mundo en busca de sellos raros y parecía no vivir más que para ellos. Tenía un hablar pausado, dulzón, que rimaba con la expresión de los ojos claros é inmóviles. Llevaba debajo del brazo una cartera grande, como un maletín, sujeta con correas que le cruzaban la espalda y el pecho. En aquel maletín guardaba sus sellos predilectos y lo llevaba siempre consigo, como esas mujeres que viajan con su maletín de joyas en la mano, convertidas en esclavas de sus joyas. Al segundo día de estar juntos los dos amigos casi se tuteaban.

—Nos conocíamos de hace mucho tiempo por las cartas—decía don Manuel.—Tenemos los mismos gustos, las mismas aficiones. Herr Hanse y yo somos más que hermanos.

Sonreía Fernando del entusiasmo de los dos hombres, pero procuraba huir de ellos aburrido del continuo tema de su conversación. Don Manolito, entusiasmado con su nuevo amigo, había hecho fiesta desde su llegada, y había abandonado todos sus amigos y todas sus diversiones.

—Herr Hanse no ha traído su gran álbum—le dijo un día á Fernando,—debe ser una maravilla. Tiene toda la colección de San Mauricio; una colección asiática de cuya existencia se dudaba, y

el famoso *Rey Negro* repetido. Me ha enseñado un ejemplar divino...

Después de esta conversación pasaron ocho días sin ver de nuevo al viejo. Fué á buscarlo y lo halló sonriente, satisfecho, con su amigo Herr Hanse, en aquel salón de la casita que tantos años había permanecido cerrada á todos.

Sobre la mesa humeaban dos tazas de café y el famoso álbum de don Manolito estaba abierto cerca de ellos.

—Vamos á colocar en mi álbum—dijo,—el famoso sello del *Rey Negro* que este hombre admirable y desinteresado me ha regalado... es un regalo de príncipe.

Quería que Fernando participara de su agradecimiento y levantaba el sello entre sus manos, como el sacerdote que oficia, con la misma delicadeza que si aquel pedacito de papel azulado se fuera á deshacer en su mano en polvillo de mariposa.

El alemán quiso parecer modesto.

—¡Oh! Don Manuel me ha salvado la vida—dijo.—Yo estaba muy enfermo y me ha curado.

—Eso no vale nada—dijo modesto don Manuel. —Yo tengo un elixir de salud y es justo que lo de á mis amigos.

—¿Acaso el bálsamo de Fierabrás?—preguntó Fernando con aquella tendencia burlona que no podía dominar.

—Es una tintura de árnica admirable que yo preparo con flores de árnica, romero, y tomillo, y que tiene propiedades maravillosas. Yo estoy vivo gracias á ella, sirve para el reúma, los dolores, las heridas, los granos.

—¿Lo cura todo?

—Sí, todo; no se ría.

Y el viejo se levantó para traer el frasco grande de cristal, donde nadaban las flores del árnica y las ramitas del romero en el alcohol, de un lindo color dorado.

—Es inefable—comentó Fernando durante su ausencia.

—Adorable, adorable—repitió el alemán, y empezó á ponderar su cariño.

Don Manuel sirvió al joven una taza de café y mientras lo tomaba volvieron á repasar el álbum.

El alemán era un hombre versado en la filatelia. Llegó hasta á cautivar á Fernando, profano en aquella ciencia, y que se interesaba de oirlo hablar y referir anécdotas y particularidades de cada sello y de cada país.

—Yo me creía un maestro—decía don Manolito,—pero Hanse me ha tenido que corregir más de un error en mi álbum. El lo sabe todo, conoce todos los sellos nada más que al verlos, no se le escapa una diferencia de matiz. Es asombroso.

Al finalizar la velada, Fernando se puso de pie para marcharse y Hanse se levantó también.

—Es temprano—dijo don Manuel.

—No—respondió Fernando,—el tiempo se pasa agradablemente, pero son ya cerca de las doce.

—Voy á acompañarlos.

Tomó el álbum y abrió un cajón de la mesa, lo colocó dentro de un gran estuche de metal, que cerró cuidadosamente, y levantando la tapa del fondo, disimulado como uno de esos *secretos* de los muebles antiguos, dijo:

—Aquí está esto bien guardado y libre de un incendio. Es mi tesoro.

Después, encendió su vela, apagó el gran quinqué de petróleo y se dirigió á la puerta.

—Aquí tengo—dijo,—un sencillo aparato por el cual sé si ha venido alguien durante mi ausencia. Pero ahora no es preciso... me vuelvo en seguida.

Cerró y alumbrando con la bujía bajaron uno á uno la estrecha escalera, y una vez en la calle, se dirigieron lentamente hacia la Avenida da Liberdade. Una vez allí los tres se separaron efusivamente.

—Mañana á las tres en la Brasileira—repitieron los dos filatélicos; pues Fernando se había disculpado de asistir.

XI

DESESPERACIÓN

Don Manolito regresó despacio á su casa. Entró en ella contento, satisfecho, feliz. Parecía que la felicidad había esperado su ancianidad para acariciarlo, con aquella paz, que había hecho sus gustos tan sencillos y su vida tan dulce.

Por un momento pensó en volver á sacar sus sellos para contemplar el Oso y el Madroño, el San Mauricio y el nuevo sello africano que por un decreto de la providencia acababa de adquirir; pero se sentía tan cansado que se dirigió á su cama y se acostó.

Jamás su sueño duró tanto. Era ya la una cuando abrió los ojos. Su primer recuerdo fué para su nuevo amigo.

—¡Y Hanse que me espera!

Se levantó apresuradamente; por primera vez se le hizo pesado el arreglo de su casita, lo que él llamaba risueñamente el *Oficio de la mujer*.

La lechera, que había llamado inútilmente, le había dejado colgada la leche en el aldabón. Encendió su hornilla, bajó á buscar su pan y preparó su almuerzo con apresuramiento, mientras se hacía la cama y arreglaba lo más imprescindible de la casa.

—Hoy cenaré fiambre—se dijo,—Me espera Hanse á las tres... ni de ver mi álbum he tenido tiempo.

Cuando llegó á la Brasileira la concurrencia era numerosa. Miró con cuidado todas las mesas y no vió á su amigo.

—El también ha hecho tarde. Lo esperaré— pensó.

Un poco más lejos, en la misma acera, estaba *Monaco,* fué hasta allí y compró periódicos españoles; volvió á la Brasileira, pidió su taza de café y se puso á leer noticias de la patria.

Pero las horas pasaban y Hanse no parecía. Don Manolito empezó á inquietarse ¿Qué le sucedería á su amigo? A las cinco, sin poder esperar más se dirigió al Largo do Corpo Santo, donde vivía Hanse.

—Salió esta mañana y no ha vuelto — le dijeron.

Don Manolito volvió al café. Tampoco había parecido.

Disgustado é inquieto por lo que pudiera haber ocurrido á su amigo volvió á su casa y empezó sus preparativos para la cena.

Por primera vez se le hacía triste, monótona y pesada la existencia solitaria y se cansaba de las ocupaciones repetidas.

Cenó frugalmente y se sentó ante la mesa á escribir su correspondencia. Tenía muchas cartas que contestar y además iba á dar á sus amigos la noticia sensacional de poseer el sello del Rey Negro, y de haber visto la fabulosa colección, tan discutida, de sellos del Asia.

Conforme escribía, el deseo de contemplar su tesoro iba creciendo en él. Se detuvo, abrió el cajón y sacó la cajita de hierro, la colocó sobre la mesa y levantó la tapa... Miró un momento... se llevó las manos á los ojos y se los restregó con fuerza... volvió á mirar... Palpó con la mano... ¡Estaba vacía!...

Se había quedado inmóvil, pálido... luego enrojeció, se hincharon las venas de su rostro... quiso hablar y no pudo... se dejó caer al suelo presa de desesperación, golpeándose contra los muebles y llorando como un muchacho.

—¡Me han robado!

Cuando pudo recobrarse se levantó. Estaba desconcertado, anonadado. Salió á la puerta corriendo, gritando; llamó á los vecinos, hizo detener á los transeuntes. Quería que todos supieran su desdicha. No había duda de que el alemán que se había introducido tan arteramente en su casa le había robado los sellos.

Los consejos de los que le rodeaban, compadecidos de su desdicha, le advirtieron que debía dar parte á las autoridades, que tal vez podrían detener al ladrón. Le pareció poco recurrir á la policía y desde una tienda inmediata telefoneó al Presidente de la República.

Trémulo, rojo, con una actividad nerviosa multiplicada, se vistió su vieja levita, colgó en su pecho todas las condecoraciones, se caló el alto y solemne sombrero de copa, que tenía ya un cuarto de siglo, y se fué á ver á todos sus amigos, á la policía, á los altos empleados, al Presidente; quería energía, interés, violencia; creía que se le debía todo porque aquella pérdida significaba perder el fruto de su vida. Era allí un extranjero, viejo, solo: Portugal lo tenía que proteger.

Se quedaba desconcertado de la frialdad que los demás oponían á su vehemencia. Parecía que no se daban cuenta de la importancia de sus sellos.

Fernando logró calmarle, infundirle alguna esperanza. Lo acompañaba al puerto, á las estaciones, al continuo recorrer Lisboa en busca del hombre rojo. Don Manolito visitaba todos los barcos que salían del Tajo; le parecía que aquel hombre debía huir mejor en un barco.

El tan altivo, que nunca había molestado á nadie en sus más grandes apuros, acudía todos los días á cuantas personas podían ayudarle á vencer lo que creía indiferencia en las autoridades. Quería dar la sensación de la importancia de sus sellos y les repetía la cifra de su valor material ¡20 contos de reis! ¡20.000 duros! y le parecía que la gente no se conmovía lo bastante, que no comprendían el valor de los sellos, que no lo podían concebir.

Cuando estaba solo en su casa, la desesperación era inmensa, miraba el cajón como la cuna vacía de un niño muy amado; y lloraba sobre él con desconsuelo. Todas las noches las pasaba escribiendo cartas. El hubiera querido poder escribir á todos los coleccionistas, telegrafiarles á todos "Conoced mi sello de San Mauricio" "Conoced ese álbum mío único en el mundo" y lo desesperada y lo anonadaba su impotencia.

Todos aquellos grandes sacos de sellos, todas aquellas armas originales de las que tanto se enorgullecía; aquel mandoble de D. Rodrigo que era una de sus glorias, no le interesaban ya; habían perdido su encanto.

Conforme pasaban los días su desaliento era mayor, no lograba mover á la policía, no encontraba aquel hombre rojo tan ardientemente buscado.

Fernando veía que todo lo que se hiciera para consolarle era inútil. Oía sus quejas y piadosamente le hablaba de una nueva colección; pero el viejo casi se enfurecía.

¿A qué decirle tonterías? ¿Lo iban á engañar como á un niño? La pérdida no tenía remedio. Sus sellos eran amigos insustituíbles, sólo él conocía su mérito grande; calmaban todas sus esperanzas; le daban la sensación de ser rico, de tener á su alcance todas las posibilidades. En aquella pérdida él no veía únicamente la privación de un objeto que le era grato; representaba una ruina, la ruina de la fortuna que no llegó á poseer y que su imaginación hacía suya. La pérdida del bienestar imaginado, de la casita, de los árboles frutales: El reposo de su vejez y su vida toda.

Después de los días de excitación se apoderó de él la desesperanza, fría, sombría, callada. Fernando se asustaba de los estragos que la pérdida de sus ideales causaba en aquel hombre. Era entonces cuando llegaba su vejez.

En ocasiones pasaban días sin verlo y luego volvía á aparecer triste, callado, sombrío, fatigado. Aquella herida de su espíritu no habría árnica que la curase.

A veces callaba, como si tuviese conciencia de que su dolor parecía pueril y provocaba la burla; otras se quejaba, hablaba con locuacidad; relata-

ba uno por uno los sellos de su álbum con tanta lucidez como si lo estuviese hojeando presa de ese delirio profesional y pernicioso que produce la fiebre.

Cuando tardaba mucho tiempo Fernando iba á llamar á su puerta. El viejo contestaba desde dentro, pero se excusaba de abrir. Tenía la superstición de que al recibir á alguien en su casa le ocasionaba la desgracia, y el joven no se ofendía y se tranquilizaba de oirlo.

Un día, después de cuatro de ausencia, Fernando fué á buscar á D. Manolito... Esta vez ni siquiera respondió. La vecina le dijo que hacía varios días que no se abría la puerta y la lechera, llevaba dos mañanas sin que tomasen la leche. El joven alarmado acudió á la policía.

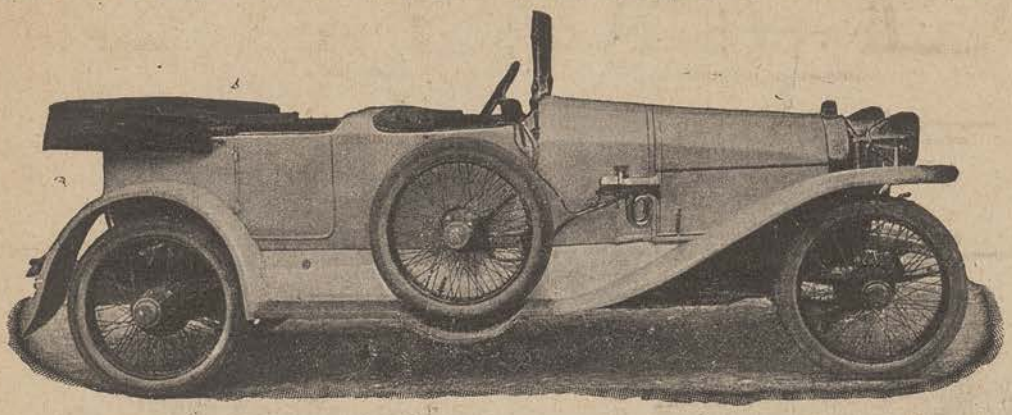
Sus temores no eran vanos. Don Manolito se había metido en la cama y no se había querido levantar. Se había acostado con la voluntad de morir. Estaba muerto.

Carmen de Burgos
"Colombine"

IMPRENTA DE "ALREDEDOR DEL MUNDO",
:-: MARTÍN DE LOS HÉROS, 65 :-:

JABON DE LA TOJA

Automóviles "ELIZALDE"



PRECIO DE LOS COCHES PARA ENTREGAR EN EL ACTO

Doble faetón torpedo, 15/20 H P, seis asientos.....	Ptas.	19.000
Limousin torpedo gran lujo, 15/20 H P, seis asientos.....	»	21.000
Cabriolet-Landolet torpedo, gran lujo, 15/20 H P, seis asientos..	»	22.000

Todos estos coches están provistos de instalación eléctrica para el alumbrado, ruedas desmontables, bocina eléctrica, faros, faroles, etc, etc.

PARA DETALLES Y CONDICIONES DIRIGIRSE AL REPRESENTANTE

Calle de Prim, núm. 1
MADRID

UREÑA

Se facilitan catálogos sobre demanda.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Génova (facultativa) el 21, de Barcelona el 22, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana, Veracruz y Puerto Méjico. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes.

Línea de Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña y Santander.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello y La Guayra. Se admite pasaje y carga con trasbordo para Veracruz, Tampico, y puertos del Pacífico.

Línea de Filipinas.

En lo que resta de año se realizarán los siguientes viajes a Manila, saliendo los vapores de Barcelona el 30 de Agosto, 13 de Octubre y 26 de Noviembre, para Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila.

Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 2, de Valencia el 3, de Alicante el 4, de Cádiz el 7, para Tánger, Casablanca, Mazagán (Escalas facultativas), Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.
Regreso de Fernando Póo el 2, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Servicio mensual saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña, Vigo y Lisboa (facultativa) para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Lisboa, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento cómodo y trato esmerado, como ha acreditaddo en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos.

Jabon Flores
del campo
Jabon Flores
del campo
Jabon Flores
del campo
Jabon Flores
del campo
Jabon Flores
del campo
Varela de Seijas